

Las asistentes sociales en Francia* **Nicolás Beau**

1. Ni enfermeras ni policías

Tres mil asistentes Sociales manifestaron el 20 de febrero (de 1980) en París, respondiendo al llamado de las organizaciones sindicales (con la excepción de Fuerza Obrera¹, para protestar contra la reforma de sus estudios que debe entrar en vigencia el mes de marzo.

Esta movilización es sin precedentes en una profesión sin tradición de lucha. Ello traduce al profundo malestar de treinta mil asistentes sociales mal formados, sin un status profesional y confrontados cotidianamente a situaciones de miseria material y moral.

¿Habrían cambiado de sexo las Asistentes Sociales? Esta Profesión ha permanecido casi enteramente femenina; pero los textos oficiales hablan de “los asistentes de servicio social”. Quizás así se pensaba cambiar la imagen triste de la misma.

En efecto, se piensa fácilmente en la Asistente Social solterona, con una gran cartera en la mano, tacones lisos y una pollera plisada; se espera no transformarse jamás en uno de esos “casos sociales”, de los cuales se sospechaba que las asistentes se ocupan con moralismo y muy poco de eficacia; a menudo se las ignora.

Una de ellas –empleada como Asistente Social en un gran banco nacional– confiesa: “Cuando se me pregunta qué hago prefiero decir ‘empleada de oficina o adscrita a la dirección de personal’: si no fuese así yo enrojecería”.

Más aún, no es la única Asistente Social en esa situación.

Esta imagen de la opinión pública está ligada a la historia de esta profesión. Como lo explica la señora Jeannine Verdes-Leroux², las Asistentes Sociales fueron, en un principio, las esposas de aristócratas que dominaban los comités de los patronatos, o burguesas “delegadas del pueblo”, quienes buscaban a todo precio compensar la ausencia de vida familiar.

* Este artículo fue publicado en “Le Monde”, el 22 de febrero de 1980.

¹ Sindicato Social-demócrata de derecha.

² “Le Travail Social”, Ed. De Minuit. Paris.1978.

Prosigue Verdes Leroux relatando cómo una pionera, Apolline de Sourlet, se detenía sobre “el orden y la sobriedad” de los lugares de habitación, que “son por sí mismos una lección para las mujeres del pueblo”, como también “son un modelo las voces de las personas cultivadas y la dulzura de sus movimientos”.

La guerra de 1914-1918 da lugar a la creación de “super-intendentes de fábrica” encargados de educar a una clase obrera juzgada como envilecida. Después se observa el desarrollo de la actividad de “visitadoras a domicilio”, bajo autoridad de un médico. Entonces la “tara” reemplaza al “vicio”. Hasta 1968 las Asistentes Sociales tienen una formación en parte común con las enfermeras.

Esta génesis explica los temores actuales, algunas veces fantasmagóricos, de estas profesionales frente al rol de control social que, ellas dicen, se les quería atribuir; y asimismo sus reticencias frente a los “benévolos”, que les devuelven la antigua imagen odiada de “La caridad”. Después de la segunda guerra mundial, la ampliación social de reclutamiento llevará a esta profesión la adopción de una actitud más neutra. Es entonces la gran tentación de la Psicología. La moda se encuentra en el Psicólogo americano Carl Rogers y en los seminarios sobre “estudios de caso”. SE habla de lo “vivenciado” y lo “relacional” de “funcionamiento”. La personalidad de los individuos explicaría todos los problemas sociales. Como por otra parte el crecimiento económico multiplica las posibilidades de ayuda, la euforia es general durante los años 1950 y 1960.

Sin embargo, el crecimiento de la Psicología en las más diversas formas confiscaría esta “palabra prestada” a las Asistentes Sociales, y la caída será dura. Una responsable sindical de la Federación de Educadores Nacionales (FEN) Reconoce: “Nos hemos dado cuenta a menudo que carecíamos de lenguaje propio”. La aparición de educadores especializados, de delegados encargados de tutelas, de puericultrices, etc., limita al campo de actividad de las Asistentes Sociales que ya no son el solo recurso de las familias con dificultades.

En fin, después de 1974, la crisis económica disminuye el monto de las ayudas sociales. La señora Genevieve Pernot, asistente jefe de la Dirección Departamental de Acción Sanitaria y Social (DDASS) explica: “Antes nosotros podíamos proponer 450 dólares de ayuda proveniente del “Seguro Católico”, un lugar en un edificio de departamentos de precio popular (HLM) y un trabajo. Todo ello se ha terminado”. Otra Asistente Social de una gran administración estatal, con 54 años de edad, confirma esa impresión: “La administración, en la Caja de Ahorro o en otras dependencias, podía recuperar antes a aquellos que tenían problemas; ahora ello está dominado por el espíritu de rentabilidad; ¿Qué haremos nosotros, las Asistentes Sociales con todos esos excluidos?”

Finalmente, la defensa hecha por el gobierno de la Beneficencia espontánea, impopular entre las Asistentes Sociales, ha exacerbado aún más las susceptibilidades.

Por lo tanto el poder de la Asistencia Social se ha deteriorado. Cuenta la señora Gerogette Lasalle, una Asistente Social escolar: “yo me ocupaba de

obreros agrícolas y su vida familiar. A menudo era el árbitro, se me llamaba para retirar un niño maltratado por los padres, más aun si estos ignoraba su derecho; mi influencia era entonces real”.

Este malestar se traduce hoy en el terreno a través de **dos actitudes**:

- la primera es la resistencia a las iniciativas de la administración estatal, “a priori” sospechosas. “El sistema administrativo actual es contrario a la naturaleza misma de nuestra actividad” se dice en la Asociación Nacional de Asistentes Sociales (ANAS), organización tradicionalmente moderada y que ha hecho del “control social” el tema de su próximo congreso.
- la otra actitud es una ausencia de renovación de los métodos de intervención. El espíritu de resistencia está profundamente enraizado: Las Asistentes Sociales están decididas a no hacer tareas de fichar, con la ayuda de métodos uniformizados, aquellos que, en esta profesión, se denominan los “más desfavorecidos”. Es que los Asistentes Sociales están encargados tradicionalmente de efectuar las encuestas que permiten a la DDASS otorgar a familias necesitadas los subsidios mensuales de socorro, con lo que se evita la puesta bajo tutela judicial de sus hijos. Ahora en el Val d’ Ose (suburbio de París) la DDASS ha decidido uniformizar el conjunto de informaciones. Ante ello un centenar de Asistentes Sociales sobre un total de 600 –se niega por iniciativa de la CFDT³ a llenar esos formularios a partir del 1 de noviembre de 1979. Por esta razón, centenares de familias no han podido recibir lo que ellas habían pedido. La dirección de la DDASS piensa pedir ayuda a las Oficinas de Ayuda Social (OAS) de las municipalidades.

En Neully-Sur-Seine (otro barrio de París) la circunscripción de acción social se encuentra justamente detrás de la Comisaría de Policía. La coincidencia resulta desagradable para las Asistentes Sociales, cada una encargada de un sector de 4.000 habitantes. Estos últimos meses, una sola de ellas ha llamado a la policía: era para poner bajo tutela un menor de edad.

El responsable de la brigada de menores que, el martes 12 de octubre de 1979, habla frente a las Asistentes Sociales de París, sobre la “necesaria cooperación entre la policía y el servicio social ha chocado a muchas. (Sin embargo, él fue aplaudido por algunas). Por lo tanto, el grupo contestario de asistentes se ha negado a proporcionar estadísticas a la DDASS con el argumento siguiente: “El único trabajo admisible es analizar las necesidades como lo hemos hecho en 1978. Y aún así sería preciso que fuéramos escuchadas”...

Una Asistente Social licenciada en Sociología explica: “Acusarnos de control social es excesivo. Por otra parte, los sociólogos, los educadores, los periodistas, ¿no participan también, de una manera u otra, en ese control?”

³ Confederación Francesa de Trabajadores de tendencia socialista autogestionaria.

El mismo estado de ánimo existe en las empresas: en el “Credit Lyonnais” (un Banco) la mayoría de las Asistentes Sociales se niegan a hacer encuestas sobre las ausencias de personal, aún cuando lo pida la Dirección; en la SNCF (Empresa Ferroviaria Nacional), Marie Paule (27 años), sindicalizada en la CFDT, reconoce que ella inscribe nada más que un mínimo de información en los pedidos de ayuda dirigida a la DDASS.

Esta desconfianza no se acompaña de una gran imaginación creadora en el trabajo mismo. En Neuilly, las asociaciones de benévulos –dicen las asistentes contestarías- estarían repletas de “grandes burgueses” “con ideas raramente correctas”. La “Reunión de Obras Sociales”, en la alcaldía, las hace sonreír. El método “del caso” no interesa ya sino a la de más edad (47 años); y el trabajo de grupos (club de ancianos, reunión de mujeres solitarias) –muy a la moda en las escuelas de Asistencia Social- les parece hoy sospechoso.

Este grupo de asistentes radicalizado lamenta que no se pueda descargarlos del trabajo administrativo. (Por ejemplo, en los hospitales las tareas puramente administrativas, como la de llenar formularios, absorben en efecto lo esencial del tiempo de trabajo de las Asistentes Sociales, quienes podrían consagrarse con más provecho a tareas de relación con los “enfermos abandonados o solos). Ellas dicen que el ordenador podría encargarse de los problemas de reglamentación; además el equipamiento social es considerado insuficiente, pues en Neuilly, como en otras partes, por ejemplo faltan plazas en las guarderías infantiles.

Sin embargo, todas estas lamentaciones no alcanzan para definir otra política social que la de la DDASS. La señora Pernot, Asistente jefe de 55 años, reconoce: “los jóvenes no pesimistas”. Ella, al contrario, permanece optimista. En el muro blanco de su oficina esta militante de la CGT⁴ ha puesto un poema de Etuad: “Nos amamos todos y reímos todos de la leyenda negra donde llora el solitario”.

Ella recuerda que los efectivos en Asistencia Social pasaron, durante los últimos 7 años de tres a diez en Nevilly. La DDASS les deja “gran libertad de acción” –piensa ella-; ciertamente más que un numerosas municipalidades, en donde el alcalde no duda de mirar los ficheros de las Asistentes Sociales. La señora Pernot evoca sonriente sus realizaciones: “un sistema SOS con los benévulos para ancianos; reuniones de las Asistentes Sociales que se ocupan del aborto; proyectos múltiples de formación permanente, sus contactos con el Centro de Información Femenina... allí donde hay dinero...” Ella concluye señalando: “lo que yo reprocho a los jóvenes es no proponer nada. Esta actitud es suicida”.

Suicida, la Asistente Social de 1980 a menudo lo es, porque ella duda de sí misma, y de su capacidad para explicar a sus superiores las dificultades de sus “clientes”. Una de ellas (38 años) dice: “todo es confuso; en la empresa me faltan

⁴ Confederación Gral. del Trabajo, Central Sindical orientada por el Partido Comunista.

instrumentos de fondo frente a los jefes de servicio”. Otra de 55 años piensa: “yo no tengo el espíritu de síntesis para afrontar mis interlocutores de la administración estatal”.

Todas (o casi todas) tienen el mismo sentimiento: que la actual reforma de los planes de estudio, prevista por el gobierno, terminará por “desvalorizarlas”. Esta palabra aparece siempre. Ellas manifestaron numerosas el miércoles 20 de febrero para proclamar –y quizás decirse a sí mismas que, por su lucha contra la reforma, ellas al fin existen. Una vez más oponiéndose.

2. Las últimas “ultra-izquierdistas”.

El señor Serge Tricoire, director de los Servicios Generales de la DDASS de París es un hombre satisfecho de su servicio social; las 600 Asistentes Sociales que allí trabajan ejercen una “función técnica”. El afirma que “ellas no anteponen su compromiso sindical a su trabajo” y “al contacto de la práctica y de la vida familiar maduran rápido en el conjunto general”. La razón simple: la DDAASS de París tiene su Escuela, por lo cual los alumnos, “dirigidos durante mucho tiempo hacia la práctica” no especulan –dice Tricoire- sobre las ciencias humanas. “la reforma ahora propuesta no hace sino retomar ideas que son las muestras después de mucho tiempo” La señorita Marcassus, consejera técnica adjunta a la Dirección concuerda con las afirmaciones anteriores.

Todas las acciones de oposición ‘a la reforma en París han sido, sin embargo, decididas en los locales de esta misma escuela; el Ministerio ha enviado, recientemente un Inspector de la Inspección General de Cuestiones Sociales (IGAS) para interrogar a las alumnas, una a una, y así juzgar el peso de la enseñanza marxista en los cursos, según se dice en el Comité Coordinador de las Escuelas.

El señor Director Tricoire ¿estará mal informado? Muchas de las alumnas de su Escuela no son las “buenas discípulas” que él describe, sino contestarías.

¿Es por la influencia de jóvenes licenciados en Sociología, contratados por las escuelas después de 1968 para dar horas de clases muy mal pagadas debido a presupuestos bajos y muy modestos? ¿O ello se debe a la influencia de directores de Escuelas hasta entonces inscriptas en la CFDT? ¿O será debido a la ausencia de terrenos para la práctica, lo cual impulsa los alumnos para la práctica, lo cual impulsa los alumnos hacia la teoría? ¿O sería preciso aún evocar el reclutamiento de más jóvenes “hijas” de la pequeña burguesía quienes han comprendido que las Licenciaturas en Psicología o en sociología llevan a un “camino sin salida” profesional?

En todo caso muchas alumnas de las Escuelas de Servicio Social parecen ser “las últimas ultra-izquierdistas”.

En Montrouge-Haute de Seine (barrio suburbano de París) los treinta alumnos del último año han pegado sobre las paredes de sus aulas afiches sobre las luchas de los inmigrados sobre la semana de treinta cinco horas reclamada por la CFDT. Sobre UNA Mesa se puede ver una revista, creada después de 1968, cuyas notas bibliográficas son significativas: “El orden psiquiátrico”, “El ojo del poder” (una entrevista a Michel Foucault) y “Contra Levi-Strauss, Lacan, Althusser” Para ellas, la “causa” está comprendida: su trabajo es “político”, ellas no serán recuperadas por el sistema y su fuerza consiste en “hostigarlo en alguna parte”.

La idea de vocación les hace sonreír: ellas no harán ese trabajo toda su vida salvo que “las cosas cambien” y “si ellas puede pelear...” Las directoras de Escuela comprenden ese estado de ánimo: “hace 20 años” –afirma la directora de una Escuela de provincia- “no existían la droga, los dos millones de desocupados, el aborto y toda esa cantidad de parejas separadas. ¿Cómo quiere usted que una chica de 20 años no sea marcada por todo ello, sin ser por lo tanto ultrazquierdista?...” La señora Pernot, la asistente-jefe ya citada, estima más escépticamente: “En las Escuelas, ellas tienen la impresión que van a cambiar el mundo”.

Esta “contestación” no fue la única razón por la cual el mismo Presidente de la República Giscard, en el curso de un viaje el extranjero, en julio pasado, acompañado por Daniel Hoeffel, Secretario de Estado adjunto del Ministro de la Salud, se preocupó de la marcha del proyecto de reforma de los estudios de Servicio Social. Es que las Asistentes Sociales son juzgadas a menudo, tanto en el Ministerio de Salud como en las DDASS, como bastante ineficaces.

Ineficaces por insuficientemente activas; el Ministerio de la Salud ha recibido en 1979 diez mil cartas dirigidas por ancianos después de una campaña de información sobre sus derechos. Ninguna Asistente Social. Es que las Asistentes Sociales son juzgadas a menudo, tanto en el Ministerio de la Salud como en la DDASS, como bastante ineficaces.

Ineficaces por insuficientemente activas; el Ministerio de la Salud ha recibido en 1979 diez mil cartas dirigidas por ancianos después de una campaña de información sobre sus derechos. Ninguna Asistente Social, hasta entonces, se había ocupado de sus dificultades. Robert Moreau, consejero técnico del Secretario Hoeffel, declara: “Existen realmente demandas sociales latentes. Ahora bien con las ayudas actuales nosotros podríamos responder, si se descubrieran esas demandas”.

El Ministerio querría que el Trabajo de Asistente Social sea más eficaz. ¿No ha mostrado un informe pidiendo hacia fines de 1978 que las alumnas Asistentes Sociales conocían imperfectamente la legislación? ¿No ha mostrado un informe pidiendo hacia fines de 1978 que las alumnas Asistentes Sociales conocían imperfectamente la legislación? ¿No es el ausentismo durante la escolaridad, frente a la falta de control continuo, demasiado elevado? ¿No se ha sustituido a veces enseñanzas prosaicas sobre la legislación por psicodramas?

La reforma de estudios decidida por el gobierno en función de dichas razones ha suscitado, sin embargo, una oposición casi unánime de la profesión. Solamente la “Asociación de Asistentes-Jefes de Servicio Social en la administración del Estado y de las colectividades locales”, una de las múltiples organizaciones de esta profesión poco sindicalizada, se ha felicitado de “la profesionalización del diploma”. Pero el Ministerio recibió cada día, durante dos meses, tres mil cartas de protesta.

“Se ha querido descalificar a los trabajadores sociales actuales descalificando su formación, para dejar su lugar a los benévolo. Bajar el nivel de la admisión en los centros de formación, privilegiar en la enseñanza la adaptación al empleo en desmedro del análisis de las causas de los problemas sociales y reforzar el control de la administración sobre los contenidos de la enseñanza es relegar en un breve plazo al trabajador social, adjudicándole la función de ejecutante de las directivas del poder” –declara Philippe Royer, responsable de la formación en Montrouge-. Ciertas directoras responsables del Comité de coordinación de las Escuelas se interrogan sobre la posibilidad de admitir sin diploma secundario a personas teniendo cinco años de responsabilidades familiares.

Se preguntan: ¿No es ello el retorno a las damas de beneficencia? “Ellas denuncian el incremento de la duración de la práctica que se hará “en detrimento del trabajo personal”. Ellas temen el control de la administración estatal sobre los proyectos pedagógicos de las Escuelas que podrían ser “niveladas” Hasta hoy – dicen- “nosotras elegimos a nuestro gusto si enseñar Freud o Piaget”. ¿Mañana?. Los sindicatos de la CGT, la FEN⁵ y la CFTC⁶, quienes abandonaron el grupo de trabajo del Consejo Superior de Trabajo Social el 28 de noviembre pasado, desearían, contrariamente a los responsables de las escuelas, que la enseñanza dispensada en las universidades en cuatro años se sancionaba por una Maestría de Estado; las Asistentes podrían así acceder al cuadro A de la función pública, mientras que hoy, clasificadas en el cuadro B, ellas pueden ganar solamente entre 700 y 1400 dólares mensuales.

Pese a sus divergencias, todas concuerdan en rechazar ahora una reforma que las “desvalorizaría”, que haría de ellas todavía más unas simples ejecutantes.

Se oye preguntar por ¿Qué función piden y qué se entiende darles, más allá de la reforma, a los trabajadores sociales?.

Esta cuestión, fue calificada de “metafísica” durante las discusiones de trabajo en el Ministerio por representantes de la administración, por tanto se corresponde con el fondo del debate.

⁵ Federación de Educadores Nacional, de tendencia pro-comunistas, ligadas a la CGT.

⁶ Federación de Trabajadores Cristianos de tendencia demo-cristiana.

Recientemente la DDASS de Val d' Oirse (suburbio de París) preveía en un informe dotarse de una célula de investigación operativa. “Los trabajadores sociales de terreno” no tienen la disponibilidad ni la perspectiva necesaria para llevar de punta a cabo tal reflexión” decía dicho informe. El texto chocó e irritó a las Asistentes Sociales que justamente reivindican “perspectiva” y “disponibilidad”; su función estimaban ellas desde 1970- sería en efecto “llegar a un trabajo en equipo más en profundidad”, evaluar las necesidades y “participar realmente en la elaboración de planes de acción”⁷; sin embargo, por el momento, la Asistente Social de base no participa de derecho, ni en las comisiones de trabajo de la DDASS ni en los comités de empresa⁸ ni tampoco en los consejo de establecimientos escolares. Se ha evocado recientemente el rol de los clubes de salud en los colegios para luchar contra la droga: las Asistentes Sociales han sido ignoradas.

La participación efectiva de la asistente social en las reuniones depende de sus relaciones con los jefes de servicio. Ella se transformó, en ausencia de un estatuto propio, en una “asistida” por todos aquellos que detentan el poder sobre su lugar de trabajo.

Su rol se convirtió en algo aún más dificultoso en las empresas, donde la existencia de un contra-poder sindical que administra el presupuesto del comité de empresas, es decir lo esencial de las ayudas que la asistente puede proponer, la obliga a delicadas negociaciones.

Por lo tanto la especificidad de su trabajo sería justamente, y en definitiva, esa posibilidad de formular proposiciones de reforma más generales a partir del conocimiento de situaciones concretas.

La opinión del Estado es otra. El ya citado Moreau dice: “la asistencia está allí, para permitir a un individuo, gracias a las ayudas sociales que existen, de alcanzar y recuperar el movimiento de la sociedad, de la cual el ha sido temporalmente excluido”. Y el también citado Tricoire piensa: “La asistencia Social no es una profesión liberal. Ella existe para aplicar las circulares y una posición social”.

¿Proponer el cambio de la sociedad?

¿Ayudar a la reintegración en esta sociedad?

Entre las Asistentes Sociales y sus empleadores, el diferendo, más allá de la reforma curricular, es evidentemente de orden político.

⁷ Informe de M. Brans, “las Asistentes de Service Social”, Paris, 1970.

⁸ Solo participan las consejeras de trabajo, con diploma de Estado más 2 años de formación.

ANEXO I

En Francia hay 28.720 Asistentes Sociales, así repartidas (en diciembre 1979): 2530 en el Estado Central; 8420 en los departamentos (provincias); 1400 en las comunas, 2040 en otros establecimientos públicos; 6400 en las Cajas y Mutuales; 3,600 en empresas y 4.330 en instituciones privadas de tipo social. Es decir, que 72.3 % del total de Asistentes Sociales trabaja para el Estado o instituciones para-estatales.

ANEXO II

La Reforma de los estudios de Asistencia Social en Francia.

El funcionamiento de las cincuenta y dos Escuelas de Servicio Social, de las cuales la mayoría son privadas, debería ser modificado por decreto al principiarse el mes de marzo sobre cinco puntos:

1. El nivel del reclutamiento. A partir de ahora, además de los bachilleres de enseñanza media, podrían ser admitidos en Escuelas de Servicio Social las personas que posean estudios secundarios incompletos y que tengan además cinco años de responsabilidad familiar o profesional.
2. Las modalidades de selección. Las escuelas deciden actualmente por sí las formas del reclutamiento. A partir de la iniciación del curso 1980-1981 las pruebas de admisión serán organizadas a nivel de cada dirección regional de la acción sanitaria y social, quien nombrará el jurado formado por un tercio de profesores secundarios y otro tercio de personalidades externas. El número de admisibles deberá ser al menos igual al doble de plazas disponibles para mantener un derecho de selección de las escuelas.
Se reconoce una equivalencia entre el diploma de Bachiller y este examen, por disposición del Ministerio de Universidades.
3. Una enseñanza menos teórica. Seis unidades de formación pluridisciplinaria, donde el acento será puesto sobre la aplicación profesional de los datos teóricos, sustituirán a los cursos actuales. La duración de la enseñanza en las Escuelas será mantenida en 1.400 horas, las cuales no podrán ser dispensadas sino con vacaciones reducidas porque, paralelamente, la duración de las prácticas será aumentada en un mes y medio.
4. El Refuerzo del Control de la Administración. Los responsables de las unidades de formación serán nombrados como hasta ahora con el acuerdo de las directoras de Escuela.
Su proyecto pedagógico deberá ser validado por el Ministerio. Las convenciones que se hagan, a partir de la Reforma, entre las Escuelas y los responsables de los "terrenos" de las prácticas serán coordinadas por el DDASS Aproximadamente 50 dólares serán pagados a esos responsables para

suscitar el interés por la profesión: actualmente los terrenos de práctica son muy insuficientes.

5. Una modificación de diploma de Estado. El diploma de Estado, creado en 1932, comprenderá una nota de control continuo (dos puntos sobre 10). Por otra parte los conocimientos prácticos serán privilegiados gracias al análisis de una situación encontrada durante la práctica (coeficiente 3). En fin, una "memoria" establecida en el curso de la escolaridad deberá mejorar y permitir el juzgamiento de las cualidades de exposición (coeficiente 3).

A partir de ahora se reconoce una equivalencia con la licencia universitaria de Trabajo Social, cuando ella sólo alcanza actualmente a cubrir 2 años de la misma.

Esta licencia universitaria, a diferencia de una licencia de Estado (ejemplo: Sociología, Derecho) no da ningún derecho estatuario en la función pública. Al nivel del tercer ciclo, la Maestría de Trabajo Social, creada en 1978, en dos universidades, debería extenderse.